

XII



prólogos

j u l i o j a r a

antesala del libro
en género chico

I

En el amor al texto que me ha tocado prologar están depositados, ocultos entre pliegues y repliegues, todos los obstáculos necesarios que garanticen fielmente el desconocimiento entre autor y lector, para que nunca se dé por realizado el encuentro entre ambos. Y este sacrificio me supera, elevándome por encima de la decepción, en vértigo aupado por el encuentro incontenido de manos, a las que corresponden brazos, que portan mi cuerpo narrativo. Es de los lectores dicho acto nocturno que, con su fuerza transmitida por la masa corpulenta que acelera la agencia de un autor sin obra, iniciado en la unitaria dispersión, en lo misterioso encarnativo, más allá del libro, un pelele. A ese manteo sin objeto, errancia de desorden sobrenatural, está ahora llamado usted. No a leer, sino a ser leído; llamado a la sumisión de este complaciente juego, debe de cumplir sin ordenanza y ley que justifique la decisión venida de fuera a este indolente sujeto, que, tras la experiencia mantenida en la lectura y su plena concentración en el texto, derogando su voluntad al libro, tarde o temprano, le aguarda ese felino, para asaltarle –a usted, sí lector– sin aviso y con la misma violencia del abrazo estrangulador de ese ataúd que tiene ahora en sus manos, para darle con la muerte repentina en las narices. Hablo, lógicamente, del Fin. ¿Cómo dar obediencia a algo que viene sin orden ni regla? Violación. Y no se lee, no hay letra ni orden, no es epitafio, es losa,

noche de los significantes, osario; desbordado de todos sus significados posibles, fosa común. Ya dentro, pertenecemos a la experiencia de un sepulcro vacío, envoltorio de nada, y asombrado me oigo decir dentro de la cueva la pregunta admirada entre eco y fantasma: ¿dónde está el libro!?

II

¿No habrá que acabar los libros? ¿Debemos suspender toda lectura que desde nuestro aliento, boca y voz iniciemos? ¿Dejar sin habla al texto para no morir? Con estas preguntas prologúeo, doy luz a nuevas y falsas palabras, nombres que no son referidas a ninguna cosa, lo que no va a ser nunca escrito. Voy corriendo como objeto hacia usted, al sujeto: no vacile y afine clara y alta su nota; y decídase de una vez por todas a ser ese autor anónimo, sin ley ni regla que le ampare, autoridad venida de adentro, sin referente del afuera, palabra sin historia y, en ella, ser olvido. Se expone a un gran peligro, a su final sin trama ni beneficio, acabar como estatua de sal, para luego llegar a ser petrificado por todas las palomas que por allí les dé por hacer su lugar común y posarse, y hacerse arte. Pare y reflexione, utilice la cabeza, lo que es propio y razonable en un ser humano, y opte por el descanso, por la paz y su paloma, no arriesgue vida y próspera jubilación, por desesperados laberintos de pérdida y contradicción. Por eso propongo, desde este prólogo, enfangarnos en todos los sentidos posibles. Aliarnos, como basuras orgánicas que somos, en las múltiples fuentes que nos ofrece la literatura como el cante, y bailemos con el corazón todo lo pensado. Seamos compostaje del logos, la putrefacción, basura resucitando en todas las cosas terrestres, como secreto que somos, espíritus impropios de esa naturaleza contaminadora como es la palabra.

Quitemos su cáscara, y desvelemos cómo lo público es un artefacto de ajena intimidad humana, teatro, del que somos, ahora pantallas, en un debate continuo bajo una realidad iluminada y deshumanizada. Perdamos, como ahora mismo usted pierde el hilo. Hablemos sin fundamento por la pérdida en la ganancia de la lejanía. Y en alto de una meseta rodeada de una autovía sin salida, tener el valor de hallar el tesoro que guarda la soledad, que nunca relaten de nosotros.

III

Ya que no hay obra, hemos vencido a la muerte. Hemos vencido a ese acabamiento al que estamos obligados; a terminar frases, cerrar enunciados. Hacer historia es nuestra condena. Porque nunca acaba lo que se empieza, y darnos por hecho es un espejismo. Arte por fantasmagoría, a las sombras pertenecen todo relato. Vamos sin conclusión, sin desenlace, sin respuesta, ni solución, desbordados de admiraciones. El fin como tal es ficticio, sólo es real la vida eterna. La muerte da origen al libro. No lo vemos pero en realidad es eterno, cuando empieza nunca acaba. El éxodo deshoja el libro, lo lleva de nuevo a la vida. Tras ese fin, en su agotamiento, murmulla el moho infecto que todo lo mueve, basura hacia adentro, la palabra infinita, significantes en su último hundimiento, y devuelta aparece, en fragmentos inconexos, todo un fracaso sobre una superficie desorientada, como náufraga leyenda. Viene en papel, su barco, su salvación, de aquella en la que el texto aún vive como referente de un yo encadenado a su condición de lector mimético por lo siglos de los siglos... Se trata de un yo exiliado de su estado relacional consigo mismo, de su propia ventura, de su habla materna. El Yo, Uno, como El Libro, antes de ser fragmentado. Yo sin libro y, un tercero, el espíritu. Y entre el Yo

y el Espíritu, el segundo, que sería el mismo hacer dando un mismo lugar a la relación del autor con el lector en sí mismo. No nos engañemos, sólo se lee un único libro, el que está inscrito en cada uno de nosotros (aunque múltiple es Uno, único, un único YO que asume todos los yoes que ahora leen) y aunque abramos, inocentemente, otro (es también Uno, único, el Libro leído) bajo distinto título, formato, autor, nos acoge el mismo anda-ataúd; aunque nos lleve por diferentes paginados, temas, géneros, camposantos, en verdad encubre el mismo paisaje. Es en ese cambio, en el devenir imprevisto, de la constante búsqueda acechada por tantos puntos suspensivos, las huellas andantes, que nos rodean, guiados por una falsa esperanza, vamos con el destino ya escrito, de la mano del juicioso sentido. Cuando somos muchos lectores, vamos múltiples pero no aseguramos las diferencias, en esa partida de rebaños que van clamando comunidad; santa dispersión, unidad en des-oriente. Vestidos cada uno de nuestro libro, de lo que somos, porque escrito somos, cuerpo como volumen, manual de instrucciones que vienen acompañadas de un libertador sin libertad; por eso es cierta esa uniformidad, esa sistematización que sospechamos en todas nuestras actuaciones. Todas obedecen a un formato, ordenanza y ley, y que tan presumiblemente nos la avala la libertad de expresión. No escriban nunca un libro.

IV

Es autoría la guía, la emperatriz del estilo, libertadora de peanas que, desde vitrinas, dioramas, escenifica vidas, de tan originales, que llegan a ser alcorques suprematistas, selvas teatralizadas, áreas de expresión y servicio. Con esa misma soledad que habita bajo los árboles de sombra, de las rotondas sus palmitos, setos aromáticos, césped artificial, adelfas de las medianas, se ofertan paraísos, direcciones de idas y venidas, salidas e incorporaciones, a nuevas pistas que obligan a objetivos y estructuras, todo un progreso en aceleración progresiva ¿son las pistas del viaje las mismas que las del libro? Estamos perdidos, no tenemos constancia del objeto a cubrir. Amor sin sujeto. Gitanerías. Porque somos sin historia, avanzamos como pájaros rompiendo quitamiedos, optando por los caminos del delito, los del deseo, avanzamos gracias a la palabra. Quemando, en nuestras múltiples paradas, capítulo tras capítulo, la letra alrededor de la chasca.

Propongo errar, saltar el texto y con él autorías. Leyendas, pues son anónimas. Clausurados de abrazos de intimidad, protegidos por la basura.

¿La comunidad sería la propuesta en vámonos, que baila y canta más que escribe, la opción única para salir de la historia, del libro, volver de nuevo a los brazos del dolor?

V

¿Y de qué nos habla, si está callada, en silencio como muerta, la voz del libro la cual, desde aquí, intento acercarle, lengua de rabo de lagartija, que al ser cortada, espasmos da el canto de sus hojas? Asustada terrestre, la letra, desconfía de todo trato venido del talento de expertos reconocidos, que vienen asediando con ideas, que a cada una corresponde un escaparate. La obra ¿en pecera o devuelta anónima, a su propio olvido, a la oscuridad, sin mundo, antes de la historia, sin luz civilizadora, mucho antes del espectáculo, del progreso, antes de la utilización de la perspectiva en la representación de la imagen? ¿Sin autor que nos guíe con aciertos y tomas de conciencia universales, sino Santo guiado por revelaciones, sin necesidad de buscar verdad, porque ya en ella, sin necesidad de solución, van vehiculados? Nunca ha habido ni habrá razón alguna que pueda, ni acaso intentarlo, de recoger con sus manos tan vertiginoso testigo. ¿Es que da pánico la literatura? Ni muchos menos. Lo que realmente sucede es que nos aburre soberanamente lo que no es soberano, democrático, ya no nos es necesario, es basura, lo que de escrito contiene aquello que nunca entenderemos. La palabra ha

sido engañada, atacada violentamente desde el centro de su inocencia, y tras su saqueo quedó huérfana de su pertenencia carnal. Se entiende, se la obliga a ser constructiva. De libertad perdida, sin símbolo que la acoja; sometida a ese espolio de la intimidad, a la que están, tanto palabra como carne sometidos, la hemos dado tanto de sí, que ya no dice nada, pues le cabe todo ¿Tendremos, de nuevo, que volver a borrar vocales, tirar al mar las llaves que encierran misterios en las consonantes como altares? De la obra, del libro, que tapa como nube lo que realmente habita en sus páginas, antecámaras del hogar del autor ¿de dónde y por qué nos viene tanto desánimo, dejándonos sepultar por ese cimentado de decepción? Quién pudiera dar el habla al mar, traer su voz salada entre nosotros; y convocarle en esa isla de impropiedad, soledades. No es de la mentira el oleaje que le rodea, aunque pertenezca su texto a un océano seco, que descansa y arribe a significados y soluciones, no se trata de construir novedad, a la cual corresponden naufragos. Y no hay luz que arroje claridad a todo esto, ni asentamiento alguno, sólo de paso va la obra; pues está ocupada en preliminares y cortejos, en invocar noches y laberintos, en protocolos y encuentros que nunca se darán lugar y mucho menos serán resueltos. Llevarle al libro quisiera,

se lo juro, pero temo que no está aún paginado, ya que el libro de la vida, menuda contradicción, no se lee, sino que nos habla a cada uno, en nombre propio. Y nos acompaña presentido, cuando lo cerramos, en su ausencia. El orden de capítulos no nos viene dado, e intitular no es nuestro trabajo. Dejad paso, ejercicio de resignación. Dejad paso a la voz que está detrás de nosotros, trabajo de oyentes de la exclusión. Dejad paso al olvido. Y es ahí, en su misterio cerrado, cuando se abre y nos da posibilidad de leerlo. ¿Estamos dispuestos a reconocernos como ciegos, lo que somos, lectores, y cuanto más ahondemos en lo escrito más invidentes, a más oscuridad pertenecemos? ¿Mejor ciegos a que el libro se borre? ¿Estamos dispuestos a este enorme sacrificio, tomar al hijo, el de corazón circuncidado, como el único modelo a seguir como lector?

VI

Esta obra, aún por llegar, no es para ser leída, sino cantada. Es en el tarareo, no en su lectura, lo que le da vida; cuando vive en tierras del Allá, en la leyenda del molino que, sobrevolando la meseta pelada, muele la letra hasta empolvarla en harina, la palabra. Amasado fermento para nuestro alimento. Cometa en los labios, se deja comer. Sacrificada para quien en su escucha atenta prende su canción en las manos, atándolas de versos irreconocibles para el oído correcto, pero le es imposible centrarse, y mucho menos, aunque sí llega a replantarse para, en un futuro, que nunca llega, construir la obra. Y se repite, pero no arranca, resuena diáfana esta universal sinfonía. Se agarra para no soltarse, nota como garrapata, anfitriona, a este corazón por su parte de abandono, soplo de donde se cuele y yace tras el naufragio que es lo escrito, esa hélice; motor superado fuera de la historia, oxidándose como roe la eternidad ¡Aleluya!

Y ahora ¿cómo escribir para lo no escrito? ¿Ser autor de algo en esquivo? Algo que es pez, como lo es Dios, en el intento de asir se nos escurre y vuelve a sumergirse en su insondable profundidad. Y con Él voy, sin ser pez, soñando obras, palabras llamadas para el signo borrado,

aquellas que no desaparecen del todo, envueltas de corteza terrestre, humus guardando semillas, el misterio de lo caído y yermo, que poco a poco crece en silencio como el amor que anda sobre esas aguas. La letra, fósil posado en la espera de un otoño para ser petrificada en verso, me palmea en su invitación caduca. Devuelta repleta, pero nunca del todo plena, la obra informe que aquí nos convoca, levanta la hojarasca del suelo de los parques para el ocio, pulso de la nueva vida, con los primeros fríos. Y el habla, como llega se va, colándose por entre todas las distancias, superando horizontes, caudales; Más Allá, a la muerte encarnada. Impulso de resurrección nublada. Desecho el hechizo, la voz se echa como lluvia sobre los campos, el trigo como en los libros.

Y he aquí el libro, el libro sin redención, se quedó en los vientos, sin tocar tierra, en la voz de los profetas.

de lectura ligera
para ratos de ocio

VII

Tengo plena confianza en usted y es por eso que escribo, o intento arreglármelas con este oficio tan sufrido como es el del escritor, que aún no sé si llegaré algún día a manejar con soltura y debida profesión. Y también confesarle, querido lector, a usted, al mediador entre el libro y el autor, que en esta invitación –la cual ha sido otorgada para receso en su pequeña estancia, su celda en carne ahondando en la carne, en la lectura tranquila del prólogo de una obra del todo inexistente, (tomo aire y retomo el “que” complemento primigenio de la segunda oración, el “que” que religa como cuenta de rosario este texto) no hay trampa ni sapiencia alguna, pues toda ella es verdad, e irradia la idiotez áurea de una obra no consumida. De perdurabilidad es su escasez de ideas, y la hace, lógicamente, muy poco fiable para ser leída. Acompañarme, en tan absurda empresa, de intentar dar vida a lo que nunca emergerá al orden terrestre de su caótico subsuelo, –me hago cargo– le será muy difícil, pues duda de mi honradez, naturalmente. Pero, aunque usted mire a este estúpido entretenimiento de reajo, con cierta distancia y desinterés, debe de reconocer que ese haz de luz pétrea que emite la obra apagada, le adivina como su amado reverso, le guiña a su parte asilenciada, al lado anónimo de su corazón, que habita en usted como lector, refugio para este pedante comentarista de un autor que no existe; le imploro un gran esfuerzo de fe y mucha

paciencia. Si me sigue, ha optado por el camino
imbécil. De ignorante guía, de pura pérdida, aquel
que carece de nombre, no aparece en los mapas,
pero todo el mundo lo usa. ¿El camino práctico,
el olvido? Usted sabrá. Aunque mejor no sepa.

VIII

Son de los demás el libro, no de quien escribe. Del resto, de quienes deciden, aun en silencio por donde va a ir el curso de lo escrito, por el exceso. No hace falta tener conciencia del trabajo como escribiente, y menos aún de la fiesta del poeta, porque el autor es de todo menos dueño, ni siquiera de sus obras, pues nada le pertenece. Imitador de vidas, ladrón de lo cotidiano, de momentos ajenos, corta y secciona, como taxidermista que es. La idea, sobrevalorada -y, como tal, balanza, pues todo lo corrige y amansa-, oculta en su domesticación marcándole objetivos o intención -¡algo tendrás que decir! ¿No? Su entera y diáfana soledad, con aprobaciones y aplausos, huecas becas y páginas dictadas, le avisa de aquello que no debe de escribir. No vale tanto corazón desnudo protegiéndole de posibles derrumbes y caídas a socavones, tinieblas, fosas, y demás aljibes de dolor. Y sin herida, ¿a dónde va? ¿Qué camino ha de seguir? ¿El de los juegos de palabras, trabajo de envoltorio, o en cambio, el de su mortificación, aplicándole disciplinas, ayunos y cilicios; y libre se escribe sola, va ella sin voluntad, la palabra, desatada de todo idealismo y presupuesto? ¿Quién se la aplica? El autor cuando rompe de la palabra su corteza, dejándola desnuda, entablará diálogo con lo

más pobre, de sal adentro, de fuera kénosis del habla, circuncisión del significado. Su quehacer son los títulos, lo demás se sobreentiende, obra elíptica; para qué entretenerse en la letra, si ya la palabra ha sobrevolado todo renglón, toda cota. Vuela un agrimensor de la intimidad en la cabeza del poeta intitular:

Romper la palabra. Sin historia. En obras te veas. Sin tener hacer. Transbordadoras.

IX

Actuando como surtido, de género en género, lo escrito va intentando dar sentido y orden a lo que viene. Y aquí, tanto la leyenda como la historia tienen el mismo quehacer: contar lo que ha sucedido. Una menos fiable que otra. La historia es letra. Se construye bajo el mando de la subjetividad, el que en ese mismo momento de su redacción atesora más poder. La leyenda, en cambio, es venida del habla, del no poder. Sumisa a esa pertenencia, su apellido es sospecha, al igual que los pobres, que para el común su nombre es pobreza. La leyenda, desleal con la historia, no viene escrita, sino con el viento nos llega envuelta en la palabra, es analfabeta. En cada uno de sus renglones, la cultura y su poder, arrastra consigo mismo, dejando como escrito el hilo babeante, esa pesada carga que es el quejido, que aunque lo lleva oculto tras la corteza de cada letra, con el peligro de que infecte todo escrito, no le queda más remedio de potenciar aquello que tan razonable se dice: mejor prevenir que curar. Atacar ante cualquier sospecha de enfermedad de destrucción masiva de los cuerpos, es razonable, vuelven a decirlo razonablemente alergias y otras representaciones modernas. En lógica paliativa, lo mismo que se anexiona a lo igual, como justificación del dolor,

lo acalla, desprecia, no sirve. La vida vuelve con lo escrito a la felicidad normalizada, domesticada, cultural, sin exceso alguno; nivelado, otra vez razonablemente, la comercialización con el poema ¿Y el autor, dónde está? ¿Qué sombra arroja? ¿Hacia dónde mira su dolor?

X

No hay libro. Se trata de un temblor de luz, de un fogonazo que iluminó a este prologuista, como bautismo de tormenta; anuncio venido en resplandor y que de él obtuvo la gracia de volverse por un instante iletrado, dejándose fermentar de esa tierna voz de inocencia, el Ángelus atardecido. Momento éste en el que, a modo de eclipse, los dos astros, autor y lector, ambos reversibles el uno del otro, en esa soledad dialógica, como un calcetín olvidado en el tendedero de algún balcón aterido y desconchado, que aunque le demos vueltas y revueltas, su adentro, como su afuera, el sí mismo del texto. Me refiero a aquello de lo que se habla pero no aparece escrito, signado, y que estará localizado siempre más afuera, aún más afuera que el adentro al que podamos llegar directa o indirectamente por nosotros mismos –que de mecánicas sin cuerpos está llena la convocatoria a este comentario desatinado ya en su inicio. ¿Quién será el tonto que me crea? Aquel que se atreva a leer este calcetín sin su pareja ¿será la prenda, su doble, la pérdida, el todo del poema? Aquel me siga sin descanso en este vuelo de ineficaz como es el cielo ¿quién en su sano sentido estaría dispuesto a hablar de lo que no tiene causa ni efecto, de lo que no existe, e inconsistente, gloria espumosa, intenta elevarse?

Y no se trata, no se engañe, de ensimismamiento, sino de torpeza absoluta, fragilidad y derrumbe. Hablo a solas, sí, hablo a solas en el rechazo a ese otro que intenta adueñarse de mi voz y hacerme olvidar de la ausencia de la que me sujeta ¿Por qué intentamos quedarnos siempre con las tablas y sus mandamientos, lo material del libro, en vez del hecho de su entrega, el momento inasible del misterio, sin más argumento que nuestra sombra, el encuentro vacío, sin obra que llevarnos a la boca, quedarnos mudos en el saludo, con las manos vacías y de experiencia, como sucias y encallecidas, las arcas llenas?

XI

Es lo escrito lo que va en caída constante. Resbalando en su propio verbo, y en sus vértigos intentará, el autor, dar forma a lo que nunca llegará a ser resuelto. Son de buenas intenciones sus escaramuzas. Escarabajo pelotero, en su hacer basurero estará su aventura, mundo de excrementos. Obras son respuestas, ganancias peloteras, la garantía de encontrarnos en la opinión de quien tenemos al lado, reconocimiento, de lo mismo son las lecturas, coral pública de igualdad, el ser aglutinador de todos nosotros. Pero no hagamos apocalipsis de bolsillo, porque autores siempre habrán. Localizados como el riego, nutrirán para nuestra tranquilidad y sosiego, con sus obras de mansedumbre, que no mansas, de obediencia indiscutible a los prospectos del progreso (género de toda modernidad, lo mismo que la fantasmagoría) de esa amenazante y horrible libertad a la que estamos siempre expuestos. Aunque no los veamos, nos anularán el miedo, helando el alma. Sin contradicciones, inseguridades y paradojas, cuadrillas de allanamientos de socavones; los autores, con sus literaturas, salvarán a la humanidad de desconciertos incivilizados, de múltiples caídas de ceguera irracional, y hacen, de lo insufrible del andar solitario, bajo el amparo y

cuidado de su compañía el alivio y la seguridad de pertenecer civilizadamente al control de todos por todos de nuestras propias vidas. ¿Será la labor del poeta descontrolar al libro en su deshoje, darle muerte, no sin antes burlarle con engaño, humillarle como ejercicio de baile?

XII

Es imposible seguir soledades. La única salida y pertenencia de quien elige peregrinar en el afuera de los libros es el olvido. Pero somos tan pequeños y débiles que necesitamos pertenecer a leyes, seguridades de despacho y ministerios, tanto como derechos infolios, de lo que viene añadido, ser parte de un compartido, en este caso de lo socializado como teatro, con su efecto de separación de culto y cultura. Una dirección sin vuelta, que oculta el arca, la áurea incertidumbre, bajo nuestras suelas de los zapatos, donde está el escrito, no por secreto, sino por humilde y anónimo. De ahí, del sacrificio del autor, del humus, es fuente de toda necesidad, de hacerse carne. Transfigurados nos facilita el destierro de la letra, desaparece su evaluación bajo los parámetros de rendimientos de mercado. Tanto fracaso le es imposible sobrellevar, y le da de lado a la muerte, y vive sobre cotas de chantaje a una cruz de sentido, el libro, como acierto a nuestros quehaceres de lectura, y que de nuestros prólogos esperan una resolución. Pero donde hay profeta hay voz. No abramos el libro, no todo aparece con la luz, se lo dice el prólogo, créame. Deje de ser lector, que el saludo del tratante, aquel que se cierra con saliva y un apretón de manos, trasciende más allá de los acuerdos; es más, la

noche, con su conocimiento oscuro nos lleva de la mano a lo más incierto, siendo nosotros mismos, más allá de la firma, una cruz por rúbrica, y por fin, analfabeto, la certeza de la oscuridad misma. Pero ¿en qué carne, en la del autor o en la del lector, está impreso el libro que cada cual somos?

de ópera a opereta
de libro a libreta

diseño: SoplaProyect
música: Y muchos más,
con la colaboración estelar de Anna a la voz
corrector: Rafael SM Paniagua

dedicado a mi queridísimo primo Rogelio
que me enseñó a ver en la oscuridad

improprios

A black and white photograph of a staircase in a dark, arched tunnel. The stairs lead upwards towards a bright light source at the end of the tunnel. The word 'improprios' is overlaid in the center of the image.